
Sociología

Aspectos sociológicos y filosóficos del "Facundo"

NORBERTO RODRIGUEZ BUSTAMANTE

EN LA ACTUALIDAD, EL prof. Norberto Rodríguez Bustamante ejerce la dirección del Instituto de historia de la filosofía y del pensamiento argentino de la facultad de Humanidades de La Plata, donde es, asimismo, catedrático de sociología argentina y americana. Nació en Buenos Aires en 1918 y se graduó en filosofía y letras en el "Instituto Nacional del Profesorado Secundario" de Buenos Aires (1942). Ejerció la docencia en el Instituto del Profesorado Secundario de Catamarca, como profesor de lógica y epistemología, primero, y de psicología e historia de la educación, más tarde. En el mismo instituto fué director de la Sección Filosofía y Pedagogía. Actuó como profesor adjunto de sociología en la facultad de Filosofía y Letras de Tucumán. Ha dado diversas conferencias en el Colegio Libre de Estudios Superiores y en 1953 dictó un cursillo sobre John Dewey en el Instituto Cultural Argentino-Norteamericano. Dirige "Problemas de la cultura en América".

EL 1º de mayo de 1845, en carta a los señores editores del diario *El Progreso* de Santiago de Chile, solicitaba Sarmiento, con singular premura, que le franquearan las columnas del folletín para dar a publicidad su *VIDA DE QUIROGA*, explicando por una inquietud del momento la rapidez con que había trazado un cuadro que esperaba presentar algún día tan acabado como le fuera posible. Detrás de la urgencia, existían fuertes motivos prácticos que no toleraban dilación: presencia de un enviado de Rosas en el horizonte chileno, anuncios de "comprar prensas y ganar escritores" para la causa federal, alusiones de "escritores impertinentes" a un clima de efervescencia que trataban de crear los proscritos argentinos para predisponer a Chile contra Rosas y, en respuesta a todo ello, la intención de asumir la defensa de sus compatriotas con la obra que quería publicar.¹

Para nuestro propósito hemos de inter-

¹ Ricardo Rojas: *El Profeta de la Pampa*, Ed. Luz del Día, Buenos Aires, 1948.

narnos en una problemática histórica; pero a la vez sociológica y filosófica. Y en tanto aspiramos comprender el FACUNDO dentro de la perspectiva de la historia de las ideas en la Argentina, no ha de resultar infructuoso el intento de situar a Sarmiento en su cuadro generacional y a éste en la cultura de la época.

La llamada generación de 1837, aparece en el período de las luces rivadaviano. Se forma en la Universidad, en el Colegio de Ciencias Morales de ella dependiente y al que fueron becados seis alumnos por provincia. En las aulas del Colegio, entre latines e ideología, Miguel Cané y Juan Bautista Alberdi se cuentan sus primeras confidencias literarias y se solazan a hurtadillas con la lectura de pasajes de LA NUEVA ELOÍSA, de Juan Jacobo Rousseau. Para esas fechas, Esteban Echeverría se cura, por el estudio asiduo, sus ímpetus de mozo guapo y pendenciero, y Juan María Gutiérrez, juicioso y reposado, comparte la afición a las letras con el curso de agrimensura.

En los estudios filosóficos, racionalismo, empirismo, sensualismo, materialismo e ideología están a la orden del día. Condillac, Cabanis, Destut de Tracy, Holbach, Lamettrie, y algo menos Descartes y Locke, circulan entre la juventud y son examinados en clase.

En Derecho, Jeremías Bentham y en Economía, James Nill, consolidan el auge de los principios del liberalismo. El iluminismo europeo —francés e inglés— en sus últimos representantes, había sentido sus reales en la Universidad de Buenos Aires. Esa corriente de pensamiento creó el clima mental propicio del que surgió la revolución de mayo y era reverenciada como el fundamento de nuestra republicana formación filosófica. Tres profesores de filosofía —los primeros profesores laicos que tuvimos en dicha materia—: Juan C. Lafinur, Juan M. Fernández de Agüero y Diego Alcorta, dieron a sus enseñanzas esas bases, que dejaron hondas huellas en la juventud del tiempo.

Más tarde, con la irrupción de las nuevas ideas europeas, esta generación de 1837 descubre las insuficiencias de la ideología y del doctrinarismo político, y con ella el seco racionalismo y la desconexión de la realidad de los unitarios, acercándose a un pensamiento que aspiraba a penetrar el sentido de la historia —y en primer término de la nacional— en aras del principio de la intransferible peculiaridad de cada pueblo. La preocupación por lo social no se hizo esperar y, por ende, la inclinación a las ciencias morales y políticas.²

En la década 1830-1840, esa juventud magnífica pudo verificar en carne propia que una indómita realidad argentina se erguía frente a las utopías de los unitarios, con rasgos inconfundibles y recios: el caudillismo. Advirtieron que no se podía entender nuestra historia si no se explicaba el significado de esa fuerza oscura y salvaje que, sin embargo, respondía a una situación social y económica originada en la sedimentación de factores históricos que venían operando desde la Colonia.

En el enfrentamiento con el nuevo estado estructurado por Rosas, nuestros jóvenes pasaron por dos etapas: la primera, fugaz, en la cual aspiraron a una síntesis entre el poder autoritario y la intelectualidad y la segunda, duradera hasta la obstinación, en que padecieron las persecuciones de la tiranía y en la que les cupo enfrentarla con energía. Aquellos muchachos inquietos, patriotas y estudiosos, tomaron muy en serio la empresa de trabajar por la Argentina y en el clima de opresión en que les tocó iniciarse en la vida ciudadana, actuaron en forma secreta, tal como lo hacían las logias de la juventud liberal en Europa. Sabedores de los peligros a que se exponían, respaldaron su acción con el prestigio de la fe, de la convicción honda y se juramentaron, con gran dramatismo, el 8 de julio de 1838.³

Sarmiento es el único que ha dado a conocer el texto del juramento en el capítulo final del *FACUNDO* y el mismo no tiene desperdicio para informarnos de los ideales sustentados por los miembros de la *Joven Argentina*:

“En nombre de Dios, de la Patria, de los Héroes y Mártires de la Independencia Americana, en nombre de la sangre y de las lágrimas inútilmente derramadas en nuestra guerra civil, todos y cada uno de los miembros de la asociación de la joven generación argentina:

Creyendo

“Que todos los hombres son iguales”;

“Que todos son libres, que todos son hermanos, iguales en derechos y en deberes”;

² Cfr. Abel Cháncton: *Retorno de Echeverría*, Ed. Ayacucho. Buenos Aires, 1944.

³ Cfr. Pascual Guaglianone: *Centro de Estudios Históricos*, Universidad Nacional de La Plata, 1938, págs. 14-15.

“Libres en el ejercicio de sus facultades para el bien de todos”;
“Hermanos para marchar a la conquista de aquel bien y al lleno de los destinos humanos”;

Creiendo

“En el progreso de la humanidad; teniendo fe en el porvenir”;
“Convencidos de que la unión constituye la fuerza”;
“Que no puede existir fraternidad ni unión sin el vínculo de los principios”;
“Y deseando consagrar sus esfuerzos a la LIBERTAD Y FELICIDAD DE SU PATRIA, y a la regeneración completa de la sociedad argentina”:

Juran

- “1º Concurrir con su inteligencia, sus bienes y sus brazos a la realización de los principios formulados en las palabras simbólicas que forman las bases del pacto de alianza”;*
“2º Juran no desistir de la empresa, sean cuales fueren los peligros que amaguen a cada uno de los Miembros sociales”;
“3º Juran sostenerlos a todo trance, y usar de todos los medios que tengan en sus manos para difundirlos y propagarlos”;
“4º Juran fraternidad recíproca, unión estrecha y perpetuo silencio sobre lo que pueda comprometer la existencia de la Asociación”.⁴

Esa generación, que tuvo su exponente más típico en Esteban Echeverría, hizo sus primeras armas culturales en el Salón Literario de la librería de Marcos Sastre y pasó más tarde a integrar la legión honrosa de la Asociación de la Joven Argentina, que luego se llamó Asociación de Mayo. Nació con ella una conciencia reflexiva de la nacionalidad, una concepción del mundo y de la vida que —como anotara sagazmente Sarmiento— era la que profesaba “el mundo cristiano”, con

⁴ Domingo F. Sarmiento: *Facundo*, en *Obras Completas*, tomo VII, Buenos Aires, 1896, págs. 230-231.

el matiz diferencial que imponían los problemas de nuestra tierra. Sarmiento, a la distancia, estaba vinculado a ella y aunque los azares de un sorteo lo privaron de la beca para estudiar en el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, había entrado de lleno a ocuparse por sí de su educación contando en su haber informativo las más variadas lecturas. Con la vuelta de Manuel Quiroga Rosas a San Juan, le llega a él y a un grupo de amigos, el programa político de la Asociación y abundante bibliografía, afín con las corrientes del romanticismo europeo, principalmente francés, aunque también reflejos del alemán y del inglés. Frecuentó entonces los autores que menciona en *RECUERDOS DE PROVINCIA* y en los que hizo sus "dos años de historia y filosofía": Villemain y Schlegel, en literatura; Jouffroy, Lermnier, Guizot y Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville y Pedro Leroux, en democracia y la Revista Enciclopédica como síntesis de todas las doctrinas. Tales lecturas pusieron en marcha su pensamiento, decantaron conclusiones en su espíritu e hicieron surgir la necesidad de llevar las ideas a la práctica, "traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería".⁵

En el *FACUNDO*, establece un nexo entre las nuevas ideas que profesaba la juventud argentina y la revolución de 1830 en Francia, señalando que "las ciencias sociales toman nueva dirección y comienzan a desvanecer las ilusiones". Cita como ejemplos a Tocqueville... "que nos revela el secreto de Norte América"; a Sismondi... "que nos descubre el vacío de las constituciones", y a Thierry, Michelet y Guizot, que representan —nada menos—... "el espíritu de la historia".

Las ilusiones desvanecidas son los ideales racionalistas de la filosofía de las luces proclamados por el siglo XVIII, y quizá sea Sarmiento en sus críticas a los unitarios, el que de modo más vigoroso reaccione contra ellos y nos muestre el paso de la teoría del progreso fundado en la razón que se impone a la historia estimada como proceso de superstición y despotismo, al progreso en su sesgo romántico que trae consigo la idea de desarrollo, de evolución, de continuidad, lo que había de conducir a una valoración positiva de la historia en

⁵ Domingo F. Sarmiento: *Obras Completas*, tomo III, Ed. Luz del Día, Buenos Aires, 1948, págs. 172-173.

cuanto realización del ser del hombre. Alberini nos dice: “Quien no comprenda las profundas diferencias entre ambas concepciones del progreso, no comprenderá la honda discrepancia filosófica entre Rivadavia y Echeverría. Esto trae al país una nueva manera de pensar: el historicismo, que llena nuestra cultura hasta 1880, más o menos”.⁶

Los autores mencionados —a los que cabría agregar algunos más— si bien son indicio de sus lecturas, no bastan para precisar las doctrinas que influyeron en las principales tesis: históricas, sociológicas y filosóficas, del FACUNDO. El pensamiento germánico, en su reelaboración francesa por parte de Victor Cousin y Edgar Quinet, adquiere acusada resonancia en Sarmiento. Las concepciones de Herder sobre el factor geográfico en la historia y sobre el destino de las naciones; las ideas de Hegel sobre los grandes hombres y el papel que desempeñan en la historia de la humanidad, asimiladas a través de Cousin, tienen en FACUNDO su aplicación ejemplar. Claro está que la adopción de ideas ajenas se establece a condición de vivificarlas con el propio entusiasmo y su originalidad reside en haberlas adaptado a los problemas que tenía delante y, tal como correspondía a su espíritu de infatigable luchador, depurándolas de metafísica y utilizándolas como medio para interpretar la realidad de su patria.

Ingenieros afirma que Sarmiento antecede a Taine en su teoría del medio ambiente como factor de influencia cultural e histórica; Alberini corrige: “Magno dislate, Sarmiento y Taine tomaron la teoría herderiana del medio”. En tanto que Alberini y Orgaz ven en Sarmiento a un romántico, Korn lo sindicó como “el representante más genial del positivismo argentino”, mostrando los acuerdos del final de su vida con las filosofías de Spencer y Comte.

No obstante la discrepancia en los juicios, es posible establecer continuidad entre tales interpretaciones si reparamos que el historicismo de raíz romántica adopta en Sarmiento —como en Alberdi— la forma de un realismo político que desemboca en una actitud positivista, en la acentuación de los hechos, para que los grandes fines dejaran de ser abstracciones.⁷ Alberini y Orgaz se fijan en la formación juvenil del

⁶ Coriolano Alberini: *Archivos de la Universidad Nacional de Buenos Aires*, año IX, tomo IX, Buenos Aires, 1934.

⁷ Leopoldo Zea, siguiendo a José Gaos (*El pensamiento hispanoamericano*, Jornadas N.º 12, El Colegio de México, 1944) ha dado una demostración pormenorizada de esas *Dos etapas*

pensamiento sarmientino, con sus prolongaciones metafísicas; Korn, en cambio, atiende al ímpetu de su acción, a su sed pragmática orgullosamente postulada de condenar todo pensamiento que no concluyera en obras, a su concepto de la civilización entendida como predominio de la técnica, a su vocación por lo positivo y a la carencia de una formulación sistemática de su posición filosófica y doctrinaria que nunca quiso hacer explícita y que prefirió vivirla.

Sin incidir en la trama del *FACUNDO* con el criterio de quien buscara establecer su alcance histórico, nuestra intención es mostrar al 'sociólogo intuitivo y de acción' —según lo calificara Alfredo Povi- ni—, poniendo de relieve su esquema de valoraciones y el enjuiciamiento de la realidad argentina que lleva a cabo.

Hablar de sociología a propósito de *FACUNDO* no es exagerar. Destaquemos que la sociología no es sólo teoría de lo social sino también, y específicamente, indagación en una sociedad dada. En el último sentido, la contribución de Sarmiento es de indudable interés, puesto que pocos han captado con tanta fuerza lo peculiar de la vida americana y argentina del siglo XIX.

¿Cuáles son las tesis esenciales del *FACUNDO*? ¿Por qué tiene su ensayo el carácter de una biografía? Responderemos a esos interrogantes.

Sarmiento —como Herder—⁸ no cava un abismo entre la naturaleza y el hombre. Es por ello que delinea la figura de su personaje en el escenario natural en que desarrolló su vida, dando cuenta previamente de los hábitos que promueve. El clima y el ambiente geográfico son factores explicativos, mas no olvidemos que les niega un carácter de ciega determinación. Facundo y los caudillos son el fruto espontáneo de la naturaleza cuando el hombre no es capaz de oponer el espíritu a su animalidad; Rosas es el personaje que con frío cálculo aprovecha esas circunstancias primitivas y bárbaras con un sistema político creado para mantenerlas en constante vigencia, y la juventud, que opta por el partido de la civilización, encarna la lucha del espíritu con la naturaleza y el afán de transformar la realidad humana a impulso de ideas renovadoras.

del pensamiento en H América. Del romanticismo al positivismo. Ed. El Colegio de México, 1949.

⁸ Cfr. Raimundo Lida: *Sarmiento y Herder*. Sobretiro de la Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, Los Angeles, California, 1940.

El desierto y la campaña pastoril, con la falta de vínculos sociales frecuentes e intensos a causa del escaso número de pobladores, se constituyen en factores de negación para el incremento de una vida civilizada que sólo se establece donde existe una sociedad consolidada en los lazos de la convivencia. Aparecen, pues, en relación directa con aquellas condiciones, la falta de respeto a la ley, el predominio de la autoridad fundada en la fuerza, el desapego de los principios éticos, la indolencia —allí donde la naturaleza es pródiga— y un individualismo anárquico, que exalta el coraje elevándolo a único patrón de medida de la significación del hombre.

De tales defectos pueden extraerse grandes virtudes; pero sólo a condición de disciplinar la barbarie, que para Sarmiento vale tanto como educarla. En prueba de lo positivo del carácter nacional, señala el hecho de que los argentinos “tienen una alta conciencia de su valer como Nación”; agregando “¡Ay del pueblo que no tiene fe en sí mismo! ¡Para ése no se han hecho las grandes cosas!”.

Los tipos de personalidad característicos del ambiente argentino: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor, delineados con tanta enjundia, son vistos también en sus analogías con aquellos que viven en parecidas circunstancias naturales, como los indios americanos del norte y los árabes. Presentados bajo la forma de tipos sociales, se explica por los papeles que desempeñan, tal o cual suceso en el que intervienen Quiroga y los otros caudillos.

El fin de Sarmiento es contribuir a la explicación de la revolución argentina; el medio, la biografía de Facundo Quiroga. En un artículo del *Mercurio*, de Santiago de Chile, del año 1842, encontramos el fundamento de ese criterio: “La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resumen de la historia contemporánea iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad”. Además, dicho procedimiento tiene un valor didáctico: “La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara”.⁹

⁹ Domingo F. Sarmiento: *Obras Completas*, 1896, tomo I, p. 182.

Si la biografía de Facundo Quiroga explica la revolución argentina, en esa valoración tenemos adoptada la teoría del grande hombre como representativo de un momento de la historia de un pueblo, que concuerda con las ideas de Cousin y Guizot y que éstos tomaran de Hegel.¹⁰

El proceso de nuestra revolución, formulado en conceptos, ha sido el que sigue: “1º: guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura; 2º: guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil, y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización”. La explicación del enigma de 1810 es ésta: “Las ciudades triunfan de los españoles, las campañas de las ciudades”.

Cuando los caudillos desatan sus impulsos anárquicos —y hablan de federación porque cada uno quiere ser señor en su feudo— se inicia el drama encerrado en las dos categorías sociológicas que son la clave de la obra teórica y práctica de Sarmiento y su generación: civilización y barbarie, sobreentendido que esa “civilización” y esa “barbarie” están referidas a un pueblo con tres siglos de historia colonial, que ya había sufrido el influjo europeo a través de España y con él incorporado a su vida elementos de universalidad en lo cultural y religioso que configuraron hábitos, costumbres y formas de vida.

¿Qué entendía Sarmiento por civilización? Solía dar de la palabra definiciones como la que sigue: . . . “todos los medios inteligentes de producción, . . . todas las artes de locomoción, . . . todas las máquinas de ahorrar trabajo, tiempo y brazos, y todas las energías combinadas del hombre llegado al mayor grado de desenvolvimiento”.¹¹ Pero en otro pasaje dice, criticando la definición que establece el diccionario Salvá que, en su opinión, confunde civilización con civilidad: . . . “las voces muy relamidas ni las costumbres en extremo muelles, *no representan la perfección moral y física ni las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter a su uso la naturaleza*”.¹² En estas últimas palabras indica una doble perfección moral y física para que pueda existir la civilización, con lo que se aparta del sentido utilitario de la primera definición considerada.

¹⁰ G. F. Hegel: *Leçons sur la philosophie de l'histoire*, trad. Gibellin, tomo I, págs. 37 a 40.

¹¹ Domingo F. Sarmiento: *Obras Completas*, 1918, tomo XII, pág. 63.

¹² Domingo F. Sarmiento: *Obras Completas*, 1896, tomo V, pág. 346.

¿Qué entendía Sarmiento por barbarie? En primer lugar, el primitivismo de una vida humana desarrollada sólo en el sentido de la naturaleza: instinto y pasión sin freno; carencia de ideas, “que es la barbarie pura”.

Considerada sociológicamente: la soledad, el aislamiento anárquico de los que no están sometidos a ninguna regulación estatal, la falta de instituciones y de un sistema de educación, la indolencia, el predominio de lo puramente vital y físico; en una palabra: la injusticia, y con ella la anarquía, el desorden, pues, no hay otro orden verdadero que el fundado en la justicia. Finalmente, desde el punto de vista religioso, la barbarie equivale al abandono del cristianismo y su sustitución por la religión natural, establecida sobre el temor originado en la incomprensión de los fenómenos de la naturaleza.

Sería absurdo suponer que cuando Sarmiento simboliza la oposición entre civilización y barbarie con la oposición entre las ciudades y la campaña, participe de un concepto despectivo sobre el campo como tal y sus manifestaciones. Lo que quiere significar es que el campo ha de ser colonizado para que, por obra de una autoridad política basada en el respeto a la ley y a la libertad, impere en él la civilización.

Vinculado a esa honda convicción suya, aparece en el *FACUNDO* —a cada paso— la crítica severa de la dictadura y un ensayo de psicología social de la misma, que no sé si todavía ha sido suficientemente destacado. Sin mucha diferencia con lo afirmado por Platón en su *REPÚBLICA* al hablar del origen de la tiranía, calificándola como “la peor enfermedad de que puede padecer un estado”, dice Sarmiento: “Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, y es aquél en que, cansados los partidos de luchar piden, antes de todo, el reposo de que por largos años han carecido, aún a expensas de la libertad o de los fines que ambicionan; éste es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías e imperios”.

La evolución del caudillismo, de Quiroga a Rosas, es caracterizada como el paso de la naturaleza campestre, colonial y bárbara al arte, sistema y política regular fundados en aquellos factores. Determinantes psicológicos son: la uniformidad de las opiniones obtenida a cualquier precio; la arbitrariedad y el imperio del terror; la concentración del poder político en un solo hombre de modo que . . . “el bien que él no haga, porque no lo conciba, no lo pueda o no lo quie-

ra, no se sienta nadie dispuesto a hacerlo por temor de atraerse las miradas suspicaces del tirano"; el egoísmo desenfrenado como norma de vida social o, tal como lo expresa en fórmula gráfica: "cada uno para sí y el látigo para todos"; la eliminación de aquellos que no coincidan con las opiniones del gobierno para "forzar a todos los hombres a reconocer como cabeza pensadora al pie que les oprime la garganta". Como lógico corolario, la falta de respeto por la verdad que origina, consecuentemente, una discontinuidad en las opiniones por la cual se hace valedero hoy, lo que se repudiaba ayer; en suma, el imperio de lo irracional, el activismo desatado como única norma fija.

¿Cuál es el medio de alcanzar ese estado? ¡Ah!, el eterno, el antiquísimo medio de insistir en un procedimiento hasta el cansancio, hasta que se hayan fortalecido determinados hábitos que luego mantendrán por sí solos al régimen: "Repita Ud. la palabra "salvaje" —escribía Rosas a López— hasta la saciedad, hasta aburrir, hasta cansar. Yo sé lo que digo amigo". He ahí el método ejemplificado.

A modo de casos también ilustrativos, recordemos los documentos oficiales encabezados con el rótulo de: "¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva la santa Federación!"; el uso obligado del color rojo por ser el emblema federal; el censo de las opiniones clasificando a los vecinos de cada lugar en unitario, indiferente, federal y federal neto; el sereno que a cada hora de la noche recuerda el odio hacia una fracción política y, en suma, la institución de la mazorca con el procedimiento de sabor americano y localista de hacer justicia pasando a degüello.

Y bien, si la barbarie había de ser superada, debemos preguntarnos qué era lo que la sustituía en el espíritu de Sarmiento, con lo que entramos en su programa político, que no difiere en mucho del que sustentaba su generación.

El mal que aquejaba a la República Argentina era la extensión, no porque conviniera no tener tanta, sino porque debía poblársela sin esperar el crecimiento vegetativo. Necesidad, pues, de la inmigración europea que traería consigo hábitos de trabajo, espíritu de empresa, capacidad técnica, ilustración. La justeza de este planteo no cabe discutirla. Sin embargo, el énfasis puesto en acentuarlo de manera desmedida, llevaba implícita una subestimación de nuestras posibilidades de perfeccionamiento confiadas a las propias aptitudes

que, por lo mismo, fueron oscurecidas. En este punto no podemos menos que señalar en cuánta medida y —a lo mejor— a pesar suyo, Sarmiento exalta la valoración del aporte étnico inmigratorio y las virtudes adscriptas a ciertas razas de origen europeo, por comparación con el hombre criollo, producto de nuestras circunstancias ecológicas y de nuestra historia. Pero aún así, era casi inevitable el hecho de que Sarmiento estuviera penetrado por las corrientes mentales de su época y, sobremanera, que recibiera la influencia de las teorías naturalistas y racistas en expansión dentro del ámbito de la cultura europea. En él, como en Alberdi, el acento biologista y los planteos sobre razas, son servidumbres a conceptos imperantes y derivaciones de un criterio improvisado sobre el alcance del factor étnico en la configuración de nuestra comunidad. Y lo que resulta más lamentable es esto: que tal actitud engendrara en ellos una posición prevenida y en consecuencia injusta respecto de nuestra población.

En un artículo de calado profundo, Canal Feijóo sostiene que Sarmiento “padeció el error de tomar el momento de la fiebre política nacional de la anarquía, y el lógico contragolpe del espasmo despótico, por expresiones permanentes de una esencial ineptitud nacional para una autoestructuración social y política; e imaginó que el único remedio posible de este supuesto mal vendría de una instauración de ciertas formas importadas, y de la introducción de fermentos de destrucción de las mismas bases étnicas, reales y espirituales de la historia nacional, sin reparar que por esta vía se podía condenar al país a mantenerse por mucho tiempo en un estado de “enajenación”, en una colonidad acaso menos honorable que la de que había soñado salvarse al empezar el siglo”.¹³ Allí estaba el error; pero no seríamos enteramente justos si a la desviación denunciada no le contrapusiéramos otros aspectos complementarios y decisivos que no escaparon a la perspicacia de Sarmiento. El clima de la era que José Luis Romero califica de aluvional, se inicia, en efecto, con una desnivelación entre los pobladores autóctonos y los que se incorporan como resultantes de la política inmigratoria; pero no todas las consecuencias negativas han de atribuirse a ese impacto, a esa penetración no asimilada o desintegradora. No hay que olvidar que la

¹³ Bernardo Canal Feijóo: *Escorzo del doctor montonero*, Revista “Sur”, Nº 47, 1938.

solución propuesta por Sarmiento y los de su generación era riesgosa e implicaba una continuidad en el culto de ciertos principios básicos por parte de los argentinos de la clase dirigente; jamás consintieron ellos en pensar que los responsables del país perderían la tensión espiritual que la empresa requería. Sarmiento, por otra parte, supo valorar la significación que se une al cultivo de los valores propios cuando, al final del *FACUNDO*, ensalza la personalidad del general Paz y confía en su acción para derrocar a Rosas, al par que enuncia este axioma político: "el remedio no nos vendrá sólo del exterior". Y quien quiera comprobar la fiereza con que defendía el principio de autonomía frente al caudal inmigratorio, consulte las páginas de *CONDICIÓN DEL EXTRANJERO EN AMÉRICA* y habrá de entender que para Sarmiento, el auspicio de la introducción al país de extranjeros en gran escala, presuponía la existencia de una minoría gobernante, fuertemente imbuída de principios rectores que, de acuerdo con lo dispuesto por la Constitución Nacional, equivalieran al pliego de condiciones según el cual hubiera debido producirse su asimilación. Que las cosas no sucedieran así, derivándose graves errores de una mal entendida política inmigratoria, no es más que uno de los síntomas de la incapacidad y pérdida del "elan" organizador, por los que vinieron después. Los Sarmiento, Echeverría, Alberdi y Mitre, tenían delante un país por hacer, una nacionalidad a recrear, a pesar de sus raíces coloniales. Tuvieron confianza en sí mismos y en el país, y del millón de habitantes que éramos en 1853, alcanzamos en 1914 la cifra de ocho millones, dándose entonces el período de mayor incremento de la inmigración. En ese impulso, en la forja de un clima mental que lo posibilitara, tienen el primer puesto. En su concepto, abrir el país al extranjero era la única posibilidad de realizar la nación moderna con que soñaban. Por lo demás, quienes en su cortedad de miras invocan polémicamente los sagrados derechos del autoctonismo, olvidan estas certeras palabras de Alberdi en las *BASES*: "Lo que llamamos América independiente no es más que Europa establecida en América". . . . "Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América". Sin acordarle validez absoluta, por cuanto las diversas regiones del continente atestiguan en su composición étnica variantes de raíz indígena, mestiza y negra, con sus importantes diferencias culturales,

lo cierto es que, por referencia a la Argentina, Alberdi tiene razón. La mayoría de nuestra población revela ascendientes europeos. ¿Osaría discutirle alguien, por ello, el sentimiento de la nacionalidad?

Sarmiento estaba dotado de un gran espíritu práctico: así y todo, que insistiera hasta el cansancio en la necesidad de hacer caminos, vías férreas, crear industrias y promover la riqueza privada y pública, no da derecho a endilgarle, sin más, el mote de utilitario, puesto que él —como los principales hombres de su generación— no descuidó nunca el plano de los principios y sabía que los productos de la técnica eran medios civilizadores al servicio de fines espirituales. Participó de la fe en el progreso, mas no lo entendió como un desarrollo mecánico, antes bien, se hallaba penetrado del concepto romántico del progreso acuñado por Herder, según el cual, el fin de la historia es la humanidad y la Providencia ha impuesto una legalidad inminente a la realidad natural y humana, para que así ocurra, esto es, para que nos acerquemos en el tiempo al tipo de hombre hecho, en verdad, a imagen y semejanza de Dios. En esta búsqueda de la humanidad más alta, cada nación tiene su puesto, y ninguna con prerrogativas exclusivistas. De esas ideas emana el optimismo histórico de Sarmiento, la certidumbre, aún en medio de las dolorosas circunstancias de la tiranía, de que el mal no triunfa definitivamente.

En el capítulo sobre “Presente y porvenir”, Sarmiento esboza el plan para la recuperación nacional. No es extraño que, salvo leves diferencias, el mismo programa lo hallemos en las BASES y, posteriormente, en la Constitución Argentina. Ese acuerdo en las ideas fundamentales, no se debió al azar. Podría decirse que, paso a paso, metódicamente, Sarmiento y su generación, en medio de ásperas luchas, y a impulsos del desarrollo histórico buscaron afirmarse en la comunidad de principios e ideales a los que nuestra existencia nacional está ligada desde Mayo. Hay allí una línea de destino y el aliento para persistir en ella a pesar de las desviaciones promovidas por afanes restauradores y tiránicos, lo hallaremos en el apotegma lúcido que Sarmiento enunciara para enfrentar a los Facundos y a los Rosas: “Las contradicciones se acaban a fuerza de contradecirlas”.